

Nuria Soler Quesada
Colegio Jesús María (Palma)
BALEARES



Era su última oportunidad para descubrirlo. Era ahora o nunca. No tenía otra opción, ya estaba metido en el fondo del asunto. A lo mejor acababa entre rejas, era una posibilidad. Tenía que arriesgarse. Él estaba frente a la caja.

Unas gotas de sudor bajaban por su frente, pese al frío invernal que hacía. Tenía que mantener la concentración. Un despiste y todo acabaría. Seguía frente a la caja, intentando decodificar aquel cuadrado rectangular de acero que tan importante era. Tenía que abrirlo. Llevaba meses preparando el momento. Necesitaba saber lo que contenían esos documentos. No podía seguir viviendo una mentira. No lo podía soportar. Estaba en una habitación cerrada, oscura. Las ramas de los árboles de los alrededores chocaban contra las ventanas y el ruido sonoro del viento penetraba por los muros. Era una sensación lúgubre, casi aterradora. Solo una caja le separaba de su destino. No sabía cómo había llegado a esta situación. Todo empezó cuando se enteró de que su familia, que tanto le había amado y querido, no era la realidad, solo una farsa de mentiras acumuladas durante dieciocho años. Lo habían engañado, se lo habían ocultado durante tanto tiempo... Él era adoptado. Le había costado asimilarlo, ahora solo quería saber quién eran sus verdaderos padres. Pero lo que le dolió demasiado es que nadie lo supiera, como si hubiera salido de la nada. Se sentía solo, atormentado. Quería conocer sus orígenes. Había cambiado mucho desde que sus padres se habían sincerado con él. Ya no era el mismo. Ya nada le importaba. Y así tomó la decisión de averiguar sus orígenes. Fue al hospital donde nació, investigó sus papeles de adopción... Había hecho cosas que no se hubiera imaginado que haría nunca. Había sobornado por papeles, por documentos; había hecho amigos, cometía trapicheos una y otra vez. Pidiendo favores por cuentas pendientes, no solo de dinero. Y así durante dos meses sin resultado. Pero un tiempo después, paseando en un parque, un hombre se le acercó. Era robusto, de expresión franca y severa. Vestía un traje y llevaba maletín. Su mirada se clavaba en sus ojos. Una sensación de angustia recorrió su cuerpo.

- Siéntese - le impuso el hombre con traje, con la voz grave y firme.

En ese momento se le pasaron muchas ideas por la cabeza, como correr, huir, gritar... pero los acelerados latidos de su corazón le impedía prácticamente cualquier movimiento y el temor que le corría por las venas lo atormentaba, así que se sentó lentamente seguido del señor con traje.

- Alguien me ha comentado que estás metiendo las narices en asuntos que no te incumben, jovencito.

- ¿Quién es usted? - Preguntó él intrigado y confuso.

- Eso no importa. Deja de hurgar en asuntos de mayores o tendrás problemas - tomó aire - Pero tengo otro mensaje que darte.

Me quedo con la boca abierta. Sigo sin decir nada.

- Te ayudaré a cambio de un favor. ¿Aceptas el trato? - Le sugirió el hombre del traje.

El hombre seguía inexpresivo.

- Está bien - contestó con la respiración entrecortada.

- Todo lo que deseas saber está a tu alcance. Solo hay una caja entre tú y lo que deseas obtener. Solo una caja.

Se irguió y seguido le dió la mano transfiriéndole a su vez un papel. Después lo vio alejarse. El chico se quedó pensativo en el banco donde habían estado sentados. Solo una caja... Inmediatamente abrió el papel dejándose llevar por la curiosidad. En él ponía "Casa Montgomery" y las indicaciones para llegar y unas pastillas somníferas con receta.

Las semanas siguientes investigó sobre Montgomery, que era un pez gordo y entonces fue cuando se dio cuenta. Al día siguiente compró las pastillas y se puso a trazar su plan.

Solo una caja... Seguía pensando. Solo la caja fuerte de la casa de los Montgomery le separaba de la verdad. Cuando vio en Internet cómo subastaban una caja fuerte y cómo el señor Montgomery la ganaba lo tuvo claro y ahora meses después ya estaba con la caja frente a él. Fue entonces cuando la caja se abrió. Lo había conseguido, era su momento. Cogió los documentos que había entre joyas y demás. Entonces oyó un ruido. ¡No podía ser! El señor Montgomery había llegado. Pero él ya había leído los papeles. Solo tenía que cometer su parte del trato. Verter las pastillas somníferas en el vaso del señor. Se apresuró a cerrar la caja y se deslizó por la casa como un lince y con el corazón en un puño. El señor Montgomery estaba en el salón. Tumbado en el sillón. Era el momento perfecto. Fue hacia la cocina y cogió el vaso que Montgomery tenía. Entonces vertió el somnífero. Lo dejó ahí tal y como estaba y esperó en un rincón en sombras. Pasaron varios minutos y fue entonces cuando se levantó. Llegó hasta la cocina dispuesto a beber el vaso de agua. Todo sucedió muy deprisa. El hombre empezó a toser y a convulsionarse. Parecía no poder respirar. Entonces el chico salió del escondrijo, asustado. ¿Qué diablos pasaba? ¡Solo tenía que quedarse dormido! El señor Montgomery estaba rojo, había caído al suelo y sus ojos miraban al chico extraño que estaba en su casa. Todo sucedió en milésimas de segundo. El chico ahogó un chillido angustiado, sin saber qué hacer. Estaba

hecho un manojo de nervios. ¿No, no, no! Se giró de espaldas cerrando los ojos extremadamente fuerte. Siguió así un rato hasta que tuvo valor para girarse. El señor Montgomery no se movía, yacía en el suelo con los ojos abiertos y vacíos. Había palidecido.

- Oh, no... - murmuró el chico - Me han engañado.

Entonces cogió los documentos y el sobre de la medicina. ¡Le había cambiado la medicina por veneno! El chico palideció de repente, sin apenas poder respirar y murmuró:

- He matado a mi propio padre...